

ANDREA LONGARELA

# El color de las cosas invisibles



# Primera parte

## EL JODIDO BIG BANG

# HOY

## Rain

En Londres llueve una media de ciento seis veces al año. Puede parecer mucho, pero no lo es tanto. Tenemos una fama horrible cuando, si te paras a estudiar los datos, en ciudades como Copenhague o París nos superan.

A mí me gusta la lluvia. Como buena londinense me he acostumbrado a vivir con la carga de un cielo plomizo sobre mi cabeza. Excepto cuando el agua cae de esa forma que parece que atraveses con el coche una cascada infinita. A esta tortura climática nadie con un mínimo de cordura podría habituarse.

—Mierda.

Apenas veo el desvío que me indica el camino de entrada a la casa. A lo lejos vislumbro una inmensa edificación de piedra. Dos plantas. Una gran cristalera a través de la cual se intuyen el salón y las llamas de una chimenea. Las luces están encendidas, lo que me hace de guía mientras atravieso el camino embarrado entre árboles centenarios. Se me ocurre al instante una metáfora de lo más certera: una chica bajo la lluvia refugiándose en la guarida de una bestia primitiva. No es por la oscuridad que me rodea ni por la sensación de apocalipsis provocada por la peor tormenta en décadas, sino

porque un fin de semana con mis antiguos compañeros de instituto es lo más parecido a ser atacada por una hidra con tantas cabezas como invitados. Y no quiero pensar en él, pero su rostro me lo imagino más grande y despiadado.

Aparco lo más cerca posible de la casa y mi teléfono suena sobre el asiento del copiloto. Sonrío al ver el nombre de mi mejor amiga y el motivo de que hoy esté aquí, en un rincón perdido de la campiña inglesa y a punto de reencontrarme con el pasado.

—Holly.

—¿Rain? ¿Dónde estás?

—Frente a la casita de cuento que has alquilado. Tenías razón, esto parece sacado de una novela de Jane Austen.

—Oh.

Su voz se queda a medias y me recorre el cuerpo un mal presentimiento.

—¿Cómo que «oh»?

—Lo siento, cariño, pero no podremos llegar hasta mañana. Han cortado algunos tramos de carretera por la tormenta. El tráfico está imposible para salir de Londres. He intentado llamarte antes, pero fallaba la cobertura.

Aprieto el volante entre los dedos y apoyo la frente en el centro. Cuando alzo la mirada, la clavo en la imagen que me devuelve el espejo retrovisor. La lluvia es aún más fuerte y apenas distingo el camino de vuelta. Maldigo por haber salido tan pronto de Cambridge con la estúpida intención de llegar la primera, conocer el terreno y de esa manera sentirme preparada para cada encuentro; la simple idea de aparecer la última y recibir toda la atención me aterrorizaba. Mucho más si se trataba de la de él. ÉL. Con mayúsculas y signos de advertencia.

«No tomes té a partir de las cinco, Rain.»

«No aceptes ese chupito, Rain.»

«No te acerques nunca más a Jack, Rain.»

Mi cautela ahora me parece una tontería tan grande que me avergüenzo.

—¿Me estás diciendo que tengo que irme a casa, *Holly Polly*?

Se siente tan culpable que ni siquiera le molesta que me dirija a ella por ese mote que tanto odiaba en el instituto.

—¡No! Puedes quedarte. Aprovecha y disfruta de una noche solo para ti. El dueño lo ha dejado todo listo para que estuviera perfecto a nuestra llegada. Los del *catering* han llenado la nevera esta mañana. La casa está abierta, pero tienes un juego de llaves bajo el felpudo; cierra por la noche, que te conozco y no quiero que acabes protagonizando una película de terror de esas que tanto nos gustan. Y date un homenaje a la salud de los novios, ¡no te cortes, Rain!

Holly se ríe y suspiro, aliviada por no tener que conducir de vuelta en estas condiciones. Me gusta conducir, pero no soy una suicida. Por otra parte, estoy cansada y agradezco su generosidad. Y, por muy mala amiga que me haga sentir, prefiero disfrutar de esta velada en soledad que con mis antiguos compañeros. Si no fuera por lo mucho que la quiero, jamás habría aceptado acudir a este infierno.

—Aún no me creo que vayas a casarte, Holly.

—Yo tampoco. ¿En qué momento me he convertido en la hija que siempre deseó mi madre?

Nos reímos. Me la imagino con esa sonrisa ladeada suya que encandila a cualquiera. Y pienso en las dos niñas que fuimos y que soñaban con crecer de una forma muy concreta. En mi caso, podría decir que cumplí las expectativas, pero en el de Holly... La chica reivindicativa que juzgaba cualquier relación que se aproximara a la idea de una formal, así como los convencionalismos, está a un paso de convertir a uno de los reyes del baile en su marido. Es una locura. Es un final

tan antinatural que me cuesta comprender dónde está aquella Holly que sacaba pancartas en los recreos criticando los ideales románticos impuestos por Disney.

—Estás intoxicada.

Ella se ríe abiertamente. No se esconde. Eso es lo más perturbador de todo.

—¿Por qué siempre hablas del amor como si fuera un virus estomacal? No tengo la salmonela, Rain, solo estoy enamorada. Tan enamorada de ese cabeza de chorlito que estoy dispuesta a soltar palomas mensajeras después de la ceremonia para darle el gusto a su madre.

—¿Palomas mensajeras?

—Sí, con versos. Shakespeare. Byron. Ya sabes.

Me muerdo los labios para contener una carcajada. Supongo que esa Holly se quedó tan atrás como la Rain que llevaba boinas de estilo francés para hacerse la interesante. Si destruí cualquier prueba de mi versión bohemia, ¿es posible que tampoco quede ya nada de aquella Holly?

—Si se pudiera viajar en el tiempo, tu yo del pasado vendría a darte una enorme patada en el culo —le digo.

—Pero aún no se puede. El doctor Hadaway lo deja bien claro en su última publicación científica.

Que nombre a mi padre y lea sus artículos me ablanda tanto que noto un nudo en la garganta.

Pese a que todo ha cambiado hasta tal punto que ya ni nos reconozco, echo de menos no verla más a menudo y, aunque el novio no sea de mi agrado (en ocasiones aún sueño que lo atizo con una malla de naranjas mientras corre por las pistas de atletismo del instituto), me alegra profundamente saber que la hace feliz.

—Nos vemos mañana, Holly.

—Lo estoy deseando, cariño.

Cuelgo el teléfono y lo dejo caer dentro del bolso. Luego

me pongo la cazadora sobre la cabeza y bajo del coche. Al llegar al porche estoy tan empapada que tiemblo y maldigo por no haber cogido la maleta; tendré que dormir con lo puesto y salir a por mis cosas cuando amaine. Me olvido de las llaves y abro, sintiendo como la humedad se me cuela enseguida bajo la ropa. Sin embargo, en cuanto la calidez del hogar encendido me recibe, los escalofríos desaparecen y una sensación de lo más agradable me inunda. Sin esperarlo, me veo sonriendo. Me quito los zapatos y el abrigo en el recibidor y observo con los ojos como platos el regalo que Holly y Mason nos tenían preparado.

La casa es una preciosidad. El salón es inmenso, de techos altos, grandes ventanales y un estilo de lo más acogedor. Los muebles son de madera maciza y dos sofás alargados de color crema enmarcan la chimenea. Una gran alfombra de pelo blanco invita a sentarse frente al fuego, y no me cuesta imaginarme allí leyendo un libro con una copa de vino mientras las llamas me encienden las mejillas. Al otro lado del salón se encuentra la cocina. El espacio es diáfano y las estancias solo están separadas por un muro de piedra. Sobre la isleta hay cestas con fruta fresca y bollería. Cuando abro la nevera se me hace la boca agua y me digo que debo darle las gracias a Holly.

Correteo hacia las escaleras con la intención de elegir cama y saltar sobre ella hasta cansarme, pero apenas he subido un tramo cuando la puerta se abre. Me giro con el corazón desbocado y en los siguientes segundos medito las posibilidades:

1. Como bien me había advertido Holly, soy una estúpida por no echar la llave y voy a ser víctima de algún asesino en serie de la zona. Mis órganos internos ensangrentados romperán la blancura irreal de esa preciosa alfombra. Menuda lástima.

2. El dueño se ha dejado el chaquetón y ha regresado a buscarlo. Es muy guapo y puede que vivamos un tórrido romance frente al calor de esa chimenea de cuento.
3. Todo es una broma de Mason, el prometido de Holly, que tiene el humor básico de una cría de chimpancé, y es el grupo al completo entre risas el que entra para joderme la noche y la existencia.

Y, pese a que dos de ellas suponen una tortura (real o metafórica), las preferiría antes de lo que me encuentre al otro lado de la puerta:

4. Jack.

La persona a la que menos deseo ver en el mundo.

Se me corta la respiración y noto calor, y rabia, y tantas cosas que me agarro al pasamanos con fuerza para no tambalearme. Tal vez porque soy consciente de que, si en este instante lo odio con tanta intensidad, solo puede ser por todo lo que lo quise.

Él se sacude el pelo empapado y se retira los mechones de la cara. Luego alza el rostro y clava sus ojos en los míos antes de sonreír como solo puede hacerlo un demonio.

—Cordelia Rainbow, qué inesperado placer...



## Jack

Pronuncio su nombre como si lo paladeara. Despacio. Con los ojos entrecerrados y una sonrisa traviesa.

«Cordelia Rainbow.»

Un puto caramelo entre los dientes. Uno dulce, aunque envenene tanto como esa mirada que me está dedicando por llamarla así. Me estudia de arriba abajo con rapidez. Sus ojos negros, tan abiertos que la oscuridad me atrapa. Sus labios fruncidos en una línea fina que les hace perder ese tono rosado tan característico. Su cuerpo de muñeca, tan tenso que parece de cristal. Pero Rain no tiene nada de frágil. Rain está hecha de un material de otro planeta. Rain es una marciana perdida en la Tierra.

Baja las escaleras a la carrera y me fijo en que está descalza; me quito las deportivas encharcadas y las dejo bajo un radiador en la entrada, junto a sus zapatos de cordones. Luego la sigo hacia el salón y la observo sin disimulo para averiguar si es la misma de entonces o si hay en ella nuevos detalles por el paso del tiempo. ¿Cuántos años han pasado? ¿Dos o quizá tres desde la última vez? La vida vuela, pero los recuerdos... Ay, lo que escuecen los jodidos recuerdos.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? ¿No te ha avisado tu esbirro de que se ha pospuesto la fiesta hasta mañana?

Sonríó por la forma en la que se refiere a Mason. Nunca se han gustado y no lo esconde. Para bien o para mal, Rain solo oculta las cosas que de verdad le importan.

Niego con la cabeza. Ella pone los ojos en blanco y se coloca un mechón detrás de la oreja.

—Entonces ¿por qué has venido tú, si lo han anulado? —le pregunto.

Se gira con brusquedad y me da la espalda. Tiene la melena mojada por la lluvia y las puntas le calan los hombros. Mis dedos reviven el tacto de su pelo húmedo. De eso ya hace siglos y mis yemas aún lo sienten como si el paso del tiempo no existiera.

—Holly me ha invitado a quedarme esta noche. Sola.

Rain remarca la última palabra, pese a que resulte obvio que estamos aquí porque somos los únicos cuyo viaje se iniciaba al otro lado del mapa. De lo que deduzco que, o no la han avisado para que diera media vuelta, o lo han hecho demasiado tarde.

—¿Privilegios por ser la mejor amiga de la novia?

—Alguno debía de tener... —masculla entre dientes sin ocultar el castigo que supone para ella este fin de semana.

Sigue siendo tan altiva como la recordaba, aunque no sea consciente de esa superioridad que desprende. Quizá por ello lo parezca aún más. Con Rain siempre tienes la sensación de ir un paso por detrás. De que la vida es un enigma que solo ella sabe descifrar.

—Ya veo. Un premio por mezclarte con los mortales.

Finjo una reverencia exagerada y maldice antes de dirigirse a la cocina. Según camina, su culito respingón me demuestra que otras cosas no han cambiado en absoluto...

Sacudo la cabeza para borrar el recuerdo de sus bragas de princesa y enciendo el teléfono. Lo apagué al salir de Manchester y la idea de dejarlo así hasta el domingo era muy

tentadora, pero con Rain y su mirada desdeñosa imagino que lo mejor es ponerme al día de lo que sea que haya ocurrido.

Con el mensaje de Mason empiezo a encajar las piezas.

Mason: Tío, no sé si será otra señal más de que la boda es una locura, pero esta jodida tormenta nos ha complicado salir de Londres. Posponemos la quedada a mañana.

Guardo el teléfono y me siento en uno de los taburetes que rodean la isleta. Desde aquí tengo una visión privilegiada de Rain y su vena más neurótica. Abre las puertas de los armarios sin cesar. Remueve el interior de los cajones sin aparente sentido. Cuela la cabeza en la nevera y balbucea algo incomprensible antes de cerrarla con fuerza. Camina de un lado a otro. Camina. Camina. Camina. Me odia en silencio. Me odia a media voz, murmurando sus ganas de largarse de aquí. Se muerde una uña pintada de un azul muy oscuro, casi negro. Rain siempre viste de negro. Miento. No siempre. Cuando te acostumbras a sus vestidos de cuello alto y medias tupidas, aparece con un pantalón amarillo que no puedes dejar de mirar. O con una camisa de estampado estrambótico capaz de provocar dioptrías. Lo que sea. Pero te sorprende y te preguntas si la chica que creías conocer es como pensabas y cuánto más ocultará. Esas son las personas que marcan. Las que, cuando te convences de que es imposible que te impresionen de nuevo, te desestabilizan con una corona de flores en la cabeza para acudir a un entierro.

Hoy sí va de negro. Lleva una faldita corta y un top ajustado. No hay escote. Las mangas le cubren hasta el codo. Las medias parecen brea. Apenas se ve piel. Se ha pintado la raya de los ojos y se ha olvidado del carmín.

Y, sin embargo, es sexi a rabiar de un modo soez. La muy condenada.

Yo no me muevo. Solo sonrío. Y pese a que nadie pensaría en este instante que esta chica arrogante y antipática pueda merecer la pena, yo un día descubrí que era la criatura más fascinante del planeta. Y la miro porque sé que le molesta. La pongo nerviosa. Da igual los años que pasen. Da igual las vueltas que dé la vida. Porque cuando Rain y yo nos cruzamos ocurre algo. Siempre. Aún no sé si bueno o malo. Y nos cruzamos constantemente.

## Rain

Jack me está mirando. Lo sé, aunque le dé la espalda. Lo noto, incluso con la cabeza metida en la nevera. Lo siento en la nuca, en la columna vertebral y en los dedos de los pies, que encojo cuando la sensación de sus ojos rozándome me atraviesa. Jack me está mirando, porque está aquí, a solas conmigo, en un punto indeterminado de los Costwolds, en una casa de cuento y bajo la peor tormenta que recuerdo.

Jack me está mirando, sí, y yo solo puedo pensar en escapar muy lejos.

Tanto como lo hice la primera vez. Y la segunda. La tercera..., en esa ocasión fue él quien decidió correr. Lo que se nos olvida con frecuencia es que el mundo es redondo y es muy posible que acabemos chocando de nuevo, pese a huir en direcciones opuestas.

Escojo una botella de vino y busco una copa en la alacena. La madera está decorada con pequeñas flores y el interior huele a jazmín. Todo lo que me rodea podría protagonizar un cuento infantil de esos que Holly odiaba, con princesas esclavizadas y doncellas secuestradas por bestias. Me pregunto en qué punto del camino la vida cambió tan rápido como para que ni siquiera me percatara. Tanto como para estar en esta casa en mitad de un bosque con Jack. El mismo Jack al que la última

vez que lo vi le dije que no se podía esperar nada de él. El mismo que se acerca lentamente y se coloca a mi lado. Me saca una cabeza, el flequillo le cae de vez en cuando por la frente y la nariz se le arruga justo antes de sonreír, aunque dudo que nadie más lo sepa. Es un gesto tenue, una especie de tic que conserva desde los diecisiete años.

Y aquí llega la sonrisa. Traviesa. Dulce. Suya.

—Cordeli...

—No me llames así —respondo tan tensa que creo que podría romperme.

—Perdona.

No lo siente en absoluto, pero parece tener un plan. Uno que empieza con él ofreciéndome su mano y conmigo mirándola como si acabara de tenderme la piedra filosofal.

—¿Qué haces?

—Vamos, Rain... Es obvio que ninguno quiere estar a solas con el otro, aunque también que vamos a tener que pasar la noche aquí. Hagámoslo bien. Seamos adultos. Mañana nos olvidaremos de esto y podrás insultarme cuanto te plazca con Holly. Pero hoy estoy muy cansado y pensaba desconectar durante el fin de semana.

Jack cierra la boca y su labio inferior sale hacia afuera.

«Oh, no. Que no lo haga. No creo que sea capaz...»

Pero lo es. Jack me hace un puchero, como un niño chico, y luego estira el brazo y su mano me roza el estómago. Es apenas un toque de sus dedos sobre la camiseta, pero doy un paso hacia atrás y niego. No pienso tocarlo. No pienso recordar.

Saco otra copa de la alacena y se la coloco en esa mano que no deja de pedir algo que no le puedo dar. Le sonrío con condescendencia.

—Se transmiten más gérmenes dando la mano que besando, ¿sabes?

A pesar de que pretendía apuntarme un tanto con mi re-

chazo, su expresión risueña me dice que me he confundido por completo.

—¿Es una excusa para saludarnos con un beso? ¿Eso es lo que quieres, Rain? Vaya, sí que te han cambiado estos últimos años.

Doy otro paso, pero él me imita y su cuerpo ocupa todo el espacio. Podría darme la vuelta, rodear la isleta y salir por el otro lado, aunque eso significaría perder. Y con Jack escuece. Porque Jack siempre gana. Siempre. Hasta que yo me cansé y dejé la partida a medias.

Alzo la mirada y me encuentro con la suya. De cerca, sus ojos son muy normales, sin nada especial, marrones, redondos, insulsos en apariencia. Pero brillan. Son vivos, como los de un niño hiperactivo en una tienda de caramelos. Son unos ojos que nadie olvida.

Traga saliva y sigo ese movimiento con lentitud. Y, por primera vez desde que ha aparecido como un fantasma del pasado, me fijo en él. En sus vaqueros negros. En su sencilla camiseta blanca. En sus pies descalzos, cubiertos por unos calcetines grises. En las curvas de sus brazos. En las venas de sus manos. En sus mechones húmedos y descontrolados. En la punta de su nariz.

¿Besarlo? Jack no tiene ni idea de lo que significa para mí tenerlo enfrente.

—No. Solo es un motivo para que no me toques.

Apoyo la botella en su pecho para apartarlo y vuelvo al salón. Y, con sus ojos aún clavados en mi espalda, recuerdo un beso. Uno en la punta de esa nariz de galán que un día me contó que había heredado de su madre. Uno que le di a cambio de un consejo. Uno que provocó que mi vida y la suya se enlazaran durante demasiado tiempo.

«Cortar ese nudo fue tan difícil, Jack, que ni se te ocurra volver a hacerlo.»

## Jack

Rain se ha sentado en el sofá. Ha colocado los pies bajo sus muslos y, en esa posición, la falda se le recoge. Cuando ve que me acerco, tira de la tela hacia abajo con disimulo. Tal vez debería ofenderme, pero me hace gracia. Rain siempre me ha hecho reír. Incluso sin pretenderlo. Incluso pretendiendo lo contrario.

Se ha servido vino y bebe a sorbos cortos. Cojo la botella para llenar mi copa y el sonido del líquido rojizo rompe el silencio tenso que nos acompaña desde que nos conocemos. Entre ella y yo los silencios nunca han sido cómodos, tampoco incómodos, aunque solían tener más cuerpo del debido. Se llenaban de cosas. Algunos dicen que cuando saltan chispas entre dos personas el ambiente se llena de una energía especial. Puede que fuera eso. Puede que entre Rain y yo surjan cosas invisibles de esas en las que creía su madre, pero yo no sé describirlo, las palabras nunca han sido mi fuerte, solo lo sentía. Como ahora, que si fuera tangible podríamos mastigarlo.

Doy un paso hacia el sofá y sus ojos vuelan por la sala. En segundos analiza la situación y las posibilidades; es una especialista en eso. A Rain se le presentan cinco opcio-



nes según la decisión que yo tome en los siguientes segundos:

1. Pasar por delante de ella para llegar a la salida y desaparecer bajo la tormenta.
2. Pasar por delante de ella, dirigirme a las escaleras y esconderme en el piso de arriba hasta que lleguen los demás y nos salven de esta condena.
3. Sentarme en la butaca frente a la chimenea y lanzarnos miradas asesinas entre silencios.
4. Sentarme en un extremo del sofá mientras fingimos ser amables, pese a que nos odiamos.
5. Sentarme en el sofá en la plaza contigua a la suya, lo más parecido al infierno en la Tierra.

Le sonrío enseñándole todos los dientes. No es una sonrisa amiga, sino una llena de segundas intenciones que la tensa aún más. Porque me conoce. Porque sabe que sé cómo sacarla de sus casillas. Porque siempre me han gustado los retos. Sonrío hasta que me duelen las mejillas. Soy el enanito feliz. Soy el puto Joker. Ella imagina formas de torturarme; las veo en sus ojos oscuros y colgando de esas pestañas largas que no necesitan maquillaje para ser envidiables. No me deja en muy buen lugar, pero la Rain psicópata es una de las que más cachondo me ponen.

No hace falta ser un lince para adivinar cuál es mi elección.

Rain carraspea, aparta la vista y dobla más las piernas cuando su cuerpo siente el peso del mío colocándose a su lado. Más próximo de lo socialmente aceptable entre dos desconocidos. Mucho más de lo recomendable entre dos conocidos con un pasado como el nuestro. Más cerca de lo que Rain jamás soporta, incluso cuando eres alguien de su confianza.

Alzo la copa y finjo un brindis antes de llevármela a los labios. El vino es suave y dulce. Nada que ver con la chica áspera y de mirada amarga que lo bebe a tragos pequeños.

Sé que morderme la lengua sería lo más sensato, pero Rain ya piensa que soy gilipollas, así que... las palabras salen antes de que mida las consecuencias.

—Tocarnos nunca fue un problema.

Ella me mira y pestañea con rapidez. Traga saliva y sus ojos se pierden en el fuego encendido. Supongo que también en todos esos recuerdos que cargamos y compartimos. Finalmente arruga la nariz de esa forma que siempre me pareció adorable y habla sin que le tiemble la voz.

—En realidad, siempre lo fue, Jack. Cuando nos tocábamos la vida se nos complicaba... Deberíamos poner unas normas básicas de convivencia para este fin de semana.

Asiento y digiero la patada. No sé qué esperaba, pero no esta sensación de haber perdido algo.

—No tocarnos. No besarnos. Tu plan empieza de lo más aburrido.

—No hablarnos más de lo estrictamente necesario —añade ella con esa superioridad que tanto odio.

—Si quieres, puedo hacer como que no existes —le digo con sarcasmo y relamiéndome los labios.

—Eso me encantaría. Gracias.

Ignora mi gesto, sonrío y casi parece una chica amable, no la villana que está imaginando mi cabeza en una bandeja.

—Estaba bromeando.

—Yo no.

Me río. Por supuesto que no. Cuando Rain bromea llueven gominolas y los unicornios toman las calles. O sea, nunca. No he conocido a nadie que se tome la vida tan a pecho.

—Es verdad, tú nunca bromeas.

—No, y no voy a pedir perdón por tomarme las cosas en serio. El rey de la frivolidad eres tú, no yo.

Y, con un golpe de melena, Rain se bebe lo que queda en su copa y me deja hecho mierda. Porque eso logra. No siempre. No con intención. Pero te recuerda que, a su lado, es demasiado fácil perder, y eso aterra y engancha como pocas drogas que haya conocido.